

Juarroz, Roberto, “El bibliotecario hoy y la crisis profesional,” *Biblioteca digital*

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas INIBI. Puán 480 - 4° Piso - Of. 8 - (C1406CQJ) Buenos Aires | ARGENTINA | Tel. 5287-2892 | 5287-2893

Correo-e: inibi@filo.uba.ar | inibi.uba@gmail.com | <http://inibi.institutos.filo.uba.ar>



ASOCIACION DE BIBLIOTECARIOS GRADUADOS DE LA REPUBLICA ARGENTINA

MIEMBRO DE LA FEDERACION INTERNACIONAL DE ASOCIACIONES DE BIBLIOTECARIOS Y BIBLIOTECAS

Personería Jurídica 678/68

Montevideo 581 - 5º - "F"

1019 - Buenos Aires

Personería Gremial 354/60

Teléfono 40-9728

XXII REUNION NACIONAL DE BIBLIOTECARIOS

"HACIA UN SISTEMA NACIONAL DE INFORMACION"



"EL BIBLIOTECARIO HOY Y LA CRISIS PROFESIONAL"

Por el Prof. Roberto Juarroz

Con el auspicio del:



**BANCO
DE GALICIA**
Y BUENOS AIRES

SAN JUAN

24 - 27 de Septiembre de 1986

EL BIBLIOTECARIO HOY Y LA CRISIS PROFESIONAL



por el Prof. Roberto Juarroz

Luego de circunscribir el tema, mediante un análisis de sus términos (bibliotecario, profesión, crisis) y el planteo de ciertos interrogantes básicos, se esboza la hipótesis de que existe hoy un deterioro o una crisis de la condición profesional del bibliotecario en la Argentina. Para corroborar esa afirmación, se pasa revista a dieciséis factores que parecen contribuir a esa situación, clasificándolos en endógenos y exógenos, indagándose en sus causas y exponiéndose algunas posibilidades de superación. Se reitera, antes del final, un resumen de los puntos más significativos del trabajo, como marco de reflexión para las conclusiones, afirmándose sobre todo una eventual solución de la crisis profesional en ciertas tendencias de la evolución de las sociedades actuales, el sentido de misión del bibliotecario, una vuelta a los fundamentos y una fe reasumida en su función de servicio y en "la fuerza quieta de las bibliotecas".

La primera exigencia del método científico y de cualquier disertación más o menos seria, es la precisión o circunscripción del tema. Lo mismo ocurre con toda búsqueda de información: es preciso ajustar los términos del asunto. O tal vez algo más todavía: se requiere una aproximación a la vez preliminar y sustancial a la enunciación del problema que nos preocupa. Este acercamiento o ajuste es el imprescindible primer paso: luego vendrán las correcciones, rectificaciones o confirmaciones que son parte esencial de cualquier investigación o indagación sistemática.

Deseo, por lo tanto, introducir en principio un pequeño agregado al título de esta exposición: "El bibliotecario hoy y la crisis profesional". Preferiría que dijese: "El bibliotecario hoy y aquí y la crisis profesional". En casi todos los planos -sobre todo en lo concerniente al conocimiento, la ciencia, la filosofía, el arte, la religión, la cultura-, creo tanto o más en lo universal y en lo humano

sin más distinciones que en lo cerradamente nacional. Pero nuestra situación bibliotecaria, la que hoy vivimos, experimentamos y sufrimos, la que queremos comprender algo mejor en este caso, nos ofrece un conjunto de rasgos tan propios y urgentes, tan lamentablemente locales o argentinos, que debo centrar el análisis aquí y ahora, en nuestro medio, en nuestro país. Lo cual no significa no apelar, si es necesario, a ejemplos y experiencias de otras partes que puedan servirnos.

Opino que cuatro preguntas y las respectivas reflexiones que intentaremos alrededor de ellas, pueden facilitarnos una ubicación fundada ante el tema que nos proponemos desarrollar. Las preguntas son las siguientes: 1) ¿Existe actualmente una crisis de la profesión bibliotecaria en nuestro país? 2) ¿Qué sentido posee hoy y aquí la palabra "bibliotecario"? 3) ¿Qué debemos entender por "profesión bibliotecaria"? 4) ¿Cuál es nuestra interpretación del término "crisis"?

No creo en las respuestas cerradas, formularias, axiomáticas, dogmáticas, ideológicas, doctrinarias o absolutas. Hay quienes seguimos sosteniendo todavía con Platón que todo es opinión, hasta las enunciaciones de la ciencia, la filosofía, el arte, la religión o la política. Y si la posibilidad del hombre es acertar, su gran derecho es también equivocarse. Por otra parte, ése es el gran sentido de la libertad creadora y del pensar abierto, así como del auténtico y no sólo declamado pluralismo: la posibilidad de llegar al ser de las cosas y simultáneamente la posibilidad de errar sin ser condenados o proscriptos por ello. Algo así manifestó Voltaire ante el fanatismo y la prepotencia de su tiempo. Claro que, si todo es opinión, hay algunas opiniones, como también lo dicen los textos platónicos, que se fundan en razón y parecen por esto aproximarse más a la verdad, ese ideal humano quizás inalcanzable en su integridad y que ni siquiera Cristo quizo definir ante la presionante demanda de

Pilatos.

Pero el silencio no es siempre un fruto de la sabiduría. A veces resulta la manifestación del temor, de la cobardía, de la indecisión. No debemos caer hoy en esa trampa. Necesitamos dejar de lado aquí los eufemismos, las reticencias y las falsas prudencias. Por eso, frente a nuestra primera pregunta -¿existe actualmente una crisis de la profesión bibliotecaria en nuestro país?-, me atrevo a responder: Sí. Existe hoy un deterioro evidente de la situación profesional del bibliotecario en la Argentina, más visible aún porque la profesión no había alcanzado todavía su plena configuración y vigencia. Por un lado, esto constituye la hipótesis de trabajo de esta presentación, lo cual significa que trataré de probarla, ilustrarla o demostrarla a lo largo de estas palabras. Es una opinión, pero creo que está fundada en la realidad. Por otra parte, creo también percibir actualmente un sentimiento bastante generalizado, una inquietud, un desasosiego y en algunos casos hasta una sintomática depresión en el ánimo de una buena parte de los bibliotecarios del país y además de los estudiantes y los profesores de bibliotecología. Esto no puede ser tan sólo un engañoso espejismo para quienes nos hemos pasado la vida trabajando y pensando en este ámbito, en esta profesión que, a pesar de todas las incomprensiones y fatigas, amamos demasiado para poder cambiarla por otra.

Y esto nos lleva naturalmente a nuestra segunda pregunta preliminar: ¿Qué sentido posee hoy y aquí la palabra "bibliotecario"? Es obvio, por lo menos para nosotros, que no se refiere a un cuidador, a un guardador, a un centinela, a un simple preservador y acomodador de libros y otros materiales. No es un guardia de cementerios, ni un vigilante de depósitos, ni un dependiente de almacén. Es un mediador, un activo gestor, un animador social obsesionado por hacer llegar el libro y los otros documentos a la gente. Es un dinámico agente social cuya función constituye un imprescindible servicio para responder a todos aquellos que buscan la lectura y la información como algo

indispensable. Es además un generador de la necesidad de la lectura, a través de una tarea integradora que persigue su suministro, orientación y estímulo. Su trabajo se inscribe junto al del maestro, pero es autónomo y requiere una específica preparación y un inconfundible amor al libro y al proceso de ponerlo en manos del lector. Para ello se requiere además una vocación decisiva, una voluntad de aprendizaje constante, entrar cada vez más en los libros, ejercitar una dedicación sin tregua, preocuparse más por sembrar que por recoger y hallar su satisfacción y su premio en el hecho mismo de facilitar esa forma excepcional de encuentro que es la lectura, en todas sus variedades. Hace algunos meses, estando en el extranjero, encontré los "papers" de la reunión anual de The Library Association, correspondiente a 1983. Al revisarlos, atrajo mi atención, en la parte central del congreso, una alocución del presidente de la institución, Norman Higham. Su título: "Librarianship as mission" (La bibliotecología como misión). Se trataba nada menos que de la resurrección en tierra extranjera del inolvidable y fundamental texto de José Ortega y Gasset, "Misión del bibliotecario", olvidado por muchos en nuestra propia lengua y arrumbado por otros, en nombre de una falsa modernidad. Recuerda Higham que Ortega no era un bibliotecario, sino un filósofo de excepcional importancia, que escribió ese texto (en 1935) mientras se desempeñaba como profesor de metafísica en la Universidad de Madrid, ampliamente valorado como filósofo político y social y tal vez el español más respetado de su tiempo, por su notable inteligencia, reconocida mundialmente. Y la reflexión fluye entonces con naturalidad hacia el nudo de aquel trabajo, al mismo tiempo anticipatorio y actual: la idea vivificante de "misión". Menciona Higham la definición del Oxford English Dictionary, concondante, como él dice, con la de Ortega: "Misión es aquello para lo cual una persona es designada o destinada. Servicio o función impuesta o asumida por una persona; vocación: trabajo en la

vida." Ortega añade: es aquello que un hombre debe cumplir para estar verdaderamente en su vida, para que ésta tenga sentido y realidad, para ser lo que es. Y agrega: "sin misión no hay hombre". Y la misión es a la vez destino personal y función social. Y continúa más adelante: "... en vuestro contorno social ya estaba, antes que vosotros, perfilada la figura de vida y el modo de ser hombre que es ser bibliotecario." Habla luego de "la necesidad social que vuestra profesión sirve" y del quehacer del bibliotecario que "ha variado siempre en rigurosa función de lo que el libro significa como función social". Revisa para ello la evolución de esa función del libro y afirma que "la sociedad democrática es hija del libro." Sería bueno que ahora se recordara esto más efectivamente. Señala más tarde que la rebelión del libro contra el hombre, a través de su ilimitada multiplicación, produce el drama, puntualizando que precisamente ese drama va a configurar la nueva misión del bibliotecario, la más auténtica. Y añade estas líneas antológicas: "Por otra parte, tendrá el bibliotecario del porvenir que dirigir al lector/^{no}especializado (al lector especializado se ha referido un momento antes) por la selva selvaggia de los libros y ser el médico, el higienista de sus lecturas." Y algo más adelante todavía: "En esta dimensión de su oficio imagino al futuro bibliotecario con un filtro (no con unas tijeras o unos anteojos de censor, sino con un filtro, un instrumento que selecciona lo pertinente y relevante y descarta lo inservible) que se interpone entre el torrente de los libros y el hombre. En suma, señores, que a mi juicio la misión del bibliotecario habrá de ser, no como hasta aquí, la simple administración de la cosa libro, sino el ajuste, la mise au point (la puesta a punto) de la función vital que es el libro."

Pienso por mi parte que todo esto es igualmente válido para eso que llamamos hoy un poco hipnóticamente información y recursos o medios o materiales audiovisuales. Se trata nada más que de otros canales o registros del conocimiento, del pensamiento, de la creación del hombre.

Hace algunos años, encontré en un pueblito perdido en los montes de Guatemala un hecho insólito y ejemplar. Recorría el país, en cumplimiento de una misión de la UNESCO (la preparación de un plan de desarrollo para las bibliotecas públicas y escolares), en compañía del director de la Biblioteca Nacional. Nuestro relevamiento nos llevó hasta un pequeño rancho, con piso de tierra, algunos estantes que se asemejaban a tablones de un almacén de campo, una mesa y unas pocas sillas que parecían usadas o desgastadas por el tiempo mismo y algunos libros forrados y pulcramente colocados en las escasas estanterías. Pero había allí un hombre, extremadamente humilde y discreto, con zapatillas, bombachas y muy poca escuela. Omito muchos detalles conmovedores y quiero recordar sólo esto: en un momento dado, mientras nos explicaba su tarea, nos mostró unas pequeñas cajas de cartón, tal vez alguna de zapatos o quizá de zapatillas, adentro de las cuales disponía prolijamente pequeños montones de libros. ¿Para qué hacía eso?, le preguntamos. Nos respondió: "Cada quince o veinte días pongo varias de estas cajas en las alforjas de la mula y nos vamos montaña arriba para que aquella gente pueda también leer. Las dejamos en depósito en algún colegio o comisaría o almacén o casa particular y la gente va a buscar los libros allí. Cada tanto, cuando calculo que ya han leído lo que dejé, vuelvo con otras cajas y las voy cambiando de lugar. Aquí las llamamos las "bibliotecas mínimas".

¿Qué sentido tiene hoy la palabra "bibliotecario"? Sabemos que tiene muchos y que encierra variados aspectos técnicos, educativos, sociales, culturales y otros. Pero antes que nada supone un espíritu. Sí, no tengamos miedo como muchos hoy a la palabra "espíritu". Supone un profundo espíritu de solidaridad, generosidad, tolerancia, libertad e inventiva, sin el cual el resto no sirve. Debo confesar que he encontrado ese espíritu, que es una verdadera pasión por el crecimiento interior del hombre, en muchas ocasiones y en muchos lugares. Sin embargo, quisiera que ese humildísimo caso de las "bibliotecas mínimas" de las montañas de Guatemala, sirviese como modelo y paradigma en

nuestras escuelas de bibliotecología, en nuestras universidades, en nuestras bibliotecas y sobre todo en lo íntimo de nuestras inquietudes, dudas y desazones. Tal vez así veríamos un poco más adentro el sentido permanente de la palabra "bibliotecario".

Pasemos ahora a nuestra tercera pregunta del comienzo: ¿Qué debemos entender por "profesión bibliotecaria"? Una profesión es cierta forma de dedicarse a determinado trabajo. ¿Qué forma? Es la dedicación especializada, con una adecuada preparación, a un trabajo o una función reconocida por la sociedad. La importancia, la complejidad y la responsabilidad que caracterizan al trabajo bibliotecario, exigen una preparación o formación especializada de nivel superior, universitario o terciario. La combinación de estos elementos responde sin lugar a dudas, etimológica y semánticamente, al concepto de profesión. Este involucra una capacitación, un compromiso, una especie de "declaración" ante la sociedad y el reconocimiento público de ese ejercicio laboral. Por eso se ha podido decir que se trata del "empleo, facultad y oficio que cada uno tiene y ejerce públicamente, con derecho a retribución".

No está demás aquí enumerar los atributos que definen la conducta profesional, según el sociólogo Bernard Barber: 1) Un alto grado de conocimientos sistemáticos y generalizados. 2) Primacía de la orientación hacia los intereses de la comunidad antes que hacia el interés individual. 3) Un alto grado de autocontrol de la conducta por medio de códigos éticos interiorizados en el proceso^{de} socialización (integración) profesional y en las asociaciones voluntarias constituidas por los propios profesionales. 4) Un sistema de retribuciones (monetarias y honorarias) basado esencialmente en el prestigio del trabajo realizado y no en las finalidades particulares de cada individuo. De estos atributos principales se deriva una serie de rasgos secundarios. El sociólogo William J. Goode señala por su parte los siguientes: a) la profesión determina sus propias normas de educación y aprendizaje; b) el estudiante que se prepara para una profesión deberá seguir un

proceso de socialización (integración) y experimentación mucho más prolongado que quienes se preparan para otras ocupaciones; c) en general, la práctica profesional se halla reconocida legalmente; d) las formas de admisión en la profesión son establecidas por sus propios miembros; e) una gran parte de la legislación que concierne a la profesión es definida por sus miembros; f) al caracterizarse como profesión, la ocupación aumenta su nivel de ingresos, poder y prestigio, y puede exigir un mayor control del nivel de conocimientos de los estudiantes; g) el profesional goza de un amplio margen de maniobra en su práctica; h) las normas establecidas por la profesión son más estrictas que las legales; i) los miembros de una profesión se identifican más con ésta que los de otras ocupaciones con las suyas respectivas; j) en general, una profesión es una ocupación terminal; sus miembros tienden a estabilizarse en ella, y una gran proporción afirma que la seguirá practicando y que la escogería de nuevo si tuviera que elegir. Algunos de estos rasgos pueden faltar en ciertas profesiones, darse imperfectamente o no haberse producido todavía.

Creo que, en mayor o menor grado, los atributos y rasgos anteriores son aplicables a la profesión de bibliotecario. Los puntos deficitarios o que no encajan plenamente hablan de la falta de evolución de nuestro país y de la consiguiente insuficiencia organizativa y legislativa. Pero, por si quedara alguna duda sobre el carácter profesional del bibliotecario y aunque sepamos que cuando se lo discute se trata generalmente de una mala combinación de ignorancia e intereses subalternos, me parece oportuno citar como complemento un breve trozo de un estudio dedicado a las denominadas "nuevas profesiones": "Una de las características fundamentales de nuestra sociedad es el gran aumento de la información. Un sector importante de la población laboral tiene como actividad la elaboración, clasificación y tipificación de datos, y esa actividad ha llegado a tener tal importancia que ha podido afirmarse que la circulación del flujo informativo es, precisamente, el fenómeno clave de nuestra época. Si bien en todo tiempo han existido creado-

res de conocimientos y datos, lo característico del período actual es la aparición de una serie de actividades destinadas a su clasificación, almacenamiento y tratamiento, profesiones que requieren un elevado nivel de preparación."

Antes de pasar a enunciar los factores más importantes que definen nuestra crisis profesional, nos restan dos o tres observaciones en torno de la cuarta pregunta o sea sobre la idea de "crisis". Etimológicamente nos lleva a las nociones de combate, esfuerzo, algo que se somete a juicio o discusión. Los diccionarios nos dicen que se trata de una mutación considerable, un cambio intenso que acaece en una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el enfermo. Es "un momento decisivo y grave". Y el Diccionario de la lengua española de la Academia, en su última edición, incluye como tercera acepción de "crisis" la siguiente: "Situación de un asunto o proceso cuando está en duda la continuación, modificación o cese." Hay tres perspectivas más que quisiera añadir. La primera: una crisis deriva a menudo de un cambio o una transformación a la que resulta especialmente difícil adaptarse (por ejemplo, el paso de la galaxia Gutenberg a la galaxia Faraday, según la terminología de McLuhan, o sea el tránsito de la primacía del libro impreso a la avalancha de la comunicación electrónica, con todos los trastornos en las costumbres que esto provoca; otros ejemplos podrían estar dados por el impacto general de la técnica en la vida de nuestro tiempo o por el llamado "shock" del futuro). Todos los cambios agudos suponen crisis. La segunda perspectiva: Jaspers y otros pensadores de nuestra época han insistido en apuntar que la vida es siempre crisis, porque es esfuerzo, sufrimiento, lucha. Por supuesto que esa crisis más o menos constante, tiene sus picos de intensidad y desgarramiento: una enfermedad, una pérdida grave, la soledad, la limitación de la libertad, el hambre, la sed, el abandono y tantos otros. Pero carecer totalmente de crisis equivale a la muerte. La tercera perspectiva que no quiero olvidar: Hay muchos tipos de crisis: de crecimiento, de transición, de decadencia, cíclicas, globales, parciales, etc. Pienso que ahora podemos centrar con mayor precisión y

fundamento nuestro enfoque: la profesión bibliotecaria sufre hoy en nuestro país una crisis peligrosa, tal vez una crisis de transición que puede revitalizarla en el esfuerzo, pero que no excluye la posibilidad de convertirse en una crisis de decadencia.

Por lo tanto, resulta urgente e imprescindible pasar revista a los principales factores que contribuyen a agudizar esa situación. Enunciaré, entonces, a continuación, las razones a mi ver más destacadas de la crisis profesional que nos afecta. Algunas de esas razones son generales (mundiales) y otras exclusivamente nacionales. En ambos casos, por supuesto, nos involucran fuertemente. Algunas proceden del propio campo bibliotecario y las consideraré causas endógenas. Otras, en cambio, tienen su origen en fenómenos extra-bibliotecarios, aunque luego puedan incidir abrumadoramente en el plano bibliotecario: las identificaré como causas exógenas, ya que básicamente proceden de circunstancias externas. Al indicar cada factor o cada rubro, señalaré si se trata de una causa endógena, exógena o mixta.

Los factores más importantes de nuestra crisis profesional

1) En la evolución histórica de las bibliotecas suelen distinguirse, como etapas básicas y sucesivas, la conservadora, la educativa y la informativa. Creo que es un error ampliamente difundido poner el acento, a veces exclusivamente, en la etapa informativa, considerando a las otras como períodos más o menos clausurados, sin buscar una complementación fundamental, sobre todo entre la función informativa y la educativa o formativa. Se descuida, además, la finalidad de orientación y estímulo que cabe a la biblioteca y los bibliotecarios, como bien lo han señalado múltiples autores, aunque puedan variar relativamente algunas modalidades de acuerdo con el tipo de biblioteca (pública, escolar, universitaria, especializada, etc.). Se abandona así, por ejemplo, el ejercicio de animación cultural que compete a nuestra profesión. La información, sin duda indispensable, se convierte en único ídolo, limitándose gravemente la función social de la biblioteca y del bibliotecario.

rio y reduciéndose drásticamente en consecuencia la dimensión y el rol de la profesión. Estamos ante una causa endógena. La responsabilidad es esencialmente nuestra, aunque en algunos casos puedan sumarse algunos hechos coadyuvantes externos. Es urgente replantear los fundamentos mismos de la profesión y sus objetivos prioritarios. Es preciso recuperar el espíritu y las motivaciones últimas. Es preciso no temer a la reflexión profunda sobre nuestros fines y al planteo siempre postergado de una verdadera filosofía de la bibliotecología. Y es preciso, también, como ya lo he señalado en otras partes, ir con toda la información, más allá de la información. Más acá de la información o en la información misma, la computadora puede ir más lejos y suplantar con éxito al bibliotecario. Por definición y a pesar de todas las hipotéticas conveniencias o demandas, el bibliotecario profesional ~~no~~ debe abdicar de su función global, que no es sólo suministrar información con mayor o menor eficacia.

2) La acumulación explosiva de la información científica y técnica, agravada por otra parte por la expansión abrupta de la información a través de los medios de comunicación masiva, llevó a la configuración de la documentación, como vía apta para organizar, almacenar, analizar y diseminar la información especializada. Esta derivación, junto a muchos beneficios, trajo también una innecesaria y perjudicial fractura del campo profesional, produciéndose una serie de planteos equivocados, falsas opciones, oposiciones irrazonables, insostenibles jerarquizaciones y competencias, alternativas más o menos bizantinas, que, en lugar de una mayor eficiencia y una mejor complementación o cooperación, han afectado la cohesión y la unidad profesional, debilitando el campo. Estamos otra vez ante una causa endógena.

3) El impacto de los medios de comunicación masiva y su enorme influencia en todos los sectores de la actividad humana, con las innumerables ventajas y también desventajas que suponen (factor evidentemente exógeno), no ha sido suficientemente asimilado y aprovechado todavía por la mayor parte de los bibliotecarios, a pesar de arrastrar

este proceso una serie de transformaciones inevitables, que afectan casi todos los aspectos del trabajo profesional, así como las relaciones de las bibliotecas con sus usuarios. Esta falla de carácter endógeno viene entonces a reforzar este aspecto crítico y que no admite dilaciones. La civilización de la imagen y el sonido multiplicados electrónicamente, tiene todavía entornadas las puertas de nuestras bibliotecas. Es preciso abrirlas del todo y arribar a una complementación inteligente y equilibrada de lo impreso y lo audiovisual, de lo digital y lo analógico, de todos los medios que registran el mensaje y la creación del hombre. De otro modo, asistiremos a otra marginación profesional.

4) El choque convulsivo de la informática, los alcances y el poder de las computadoras, su progresivo e irreversible desborde sobre todas las áreas, su realidad y su mito, sus enormes posibilidades y el hipnotismo que ejercen, su valiosísima ayuda y la histérica creencia que las convierte o pretende convertirlas en una especie de panacea o solución para todo, amenazan sin duda a la profesión bibliotecaria (causa exógena) y en cierta medida al mundo en su integridad. La confusión reinante, la presencia de una nueva y potente posibilidad técnica de avanzada para el procesamiento de la información, el desarrollo de una profesión específica de ese campo en pleno auge (los especialistas en computación o "computistas", según el no muy feliz hallazgo de la Academia Española), la dificultad no insalvable de un diálogo dinámico y un trabajo compartido entre ambas áreas, la necesidad de superar en todos los sectores cierta manía informática, la urgente exigencia de un respeto mutuo que impida lo que podemos llamar la invasión de unas profesiones por otras, configuran un panorama donde no faltan tampoco ciertos elementos endógenos o de responsabilidad del bibliotecario. Es preciso que éste supere, por lo menos relativamente, lo que alguien ha llamado no hace mucho "analfabetismo informático". El bibliotecario, sin abandonar su propio lenguaje, debe aprender lo esencial del otro lenguaje y comprender mejor las posibilidades notables y también las limitaciones que ofrece la computadora. Han trans-

currido ya algunos años desde que un destacado profesional argentino, Carlos Víctor Penna, al trazar las bases del planeamiento bibliotecario, comenzara a insistir en la impostergable necesidad de mejorar nuestra capacidad para el diálogo con otros profesionales o especialistas, puntualizando el riesgo de quedar desplazados en caso contrario de las tareas de conducción, sin excluir las propias bibliotecas. Sabemos que no se trata de algo fácil y cómodo. Pero sabemos también que las computadoras no lo pueden todo (como nada ni nadie puede todo) y que hay un núcleo insobornable e intransferible en lo más íntimo del trabajo bibliotecario, eso de lo cual se les ha hablado en la primera conferencia de este congreso: la selección y la evaluación, la aplicación de valores, la estimación de niveles de pertinencia y relevancia, el desarrollo y el ejercicio del espíritu crítico, la posibilidad de brindar orientación y consejo, toda esa gama de conocimiento, intuición, experiencia y valoración que configura algo así como una "axiología bibliotecaria". Todo eso tan irreemplazablemente humano, tan irreemplazablemente bibliotecario. Todo eso que sintetizó un conocido profesor argentino en su respuesta a un grupo de mis alumnos de la Facultad, durante una visita académica al sistema de computación que él dirigía. Admirados por la demostración y la versatilidad de la máquina, uno de los alumnos preguntó: "¿Hay algo que no pueda hacer una computadora?" Y el ingeniero respondió: "Sí. No puede hacer poesía." Yo creo que es mucho más lo que no puede hacer, aunque quizá en esa respuesta esté todo simbólicamente comprendido: no puede amar, pensar, crear, imaginar, sufrir, distinguir los infinitos grados de lo que vale y lo que no vale, vivir, morir, esperar. Todo esto nos hace insubstituibles, también a nuestra profesión, aunque no nos exima del esfuerzo de comprender un poco más y utilizar con inteligencia este nuevo instrumento creado por la inteligencia y que sin embargo contribuye hoy por ininteligencia a su propia crisis, a nuestra propia crisis. Sin embargo, creo que todavía no perderemos nuestro trabajo.

5) Algunos, con McLuhan o sin McLuhan, con Bradbury o sin Bradbury,

insisten en el futuro problemático, por no decir condenado, del libro. Las computadoras, los medios audiovisuales, la teledocumentación, las pantallas electrónicas, la microelectrónica y los totalitarismos biblió-fobos, amén de otras bellezas de la tecnología y la política, acabarían por eliminar este singular "aparato para leer", según la expresión de Paul Valéry. Creo que ahí está, justamente, la pregunta previa: ¿es posible suprimir esta forma de la lectura? O dicho de otro modo: ¿es posible reemplazar la libertad que ella implica, la compañía y el tacto del libro, su condición de ser compartible, transportable, anotable, subrayable, estético, reversible, poseible, obsequiable y, como diría Pedro Salinas, disponible para que podamos volvernos actores, protagonistas, no sólo lectores, a través de ese universo que supone la lectura plena, la lectura que sólo el libro permite? Los problemas que agreden hoy al libro exceden nuestra órbita y abarcan circunstancias culturales sumamente complejas y en cierto sentido exógenas. Pero hay algo que nos atañe profundamente a los bibliotecarios y cuyo descuido es fatal para nuestra profesión: mantener y afirmar la fe en el libro, la fe en la lectura como proceso vital y social irreversible. La flaqueza de nuestra confianza en el libro, al hacernos eco de presagios y agore-rías, debilita el vigor de nuestra acción profesional y converge como otro factor endógeno a la crisis que analizamos.

6) La formación actual del bibliotecario no condice siempre con la complejidad creciente de los reclamos que plantea a la profesión un mundo en permanente cambio. Hay lentitud en entender las necesidades nuevas, las adaptaciones ineludibles, el urgente reemplazo de la acumulación de datos por el ceñido aprendizaje de procedimientos y modos de acción, la exigencia de un rigor del pensar crítico e inquisitivo sobre los torneos de memorización y erudición. Hay que luchar contra el miedo a pensar y la desconfianza ante la cultura, pues sólo así alcanzaremos el nivel y la auténtica eficacia de nuestra profesión. Aunque en su tiempo pudiera justificarse relativamente, mucho daño han terminado por infligir a nuestra imagen quienes propugnaron un "bibliotecario

instrumental" o simplemente técnico, en una suerte de pragmatismo poco menos que suicida. Aquí también es preciso ir con toda la técnica necesaria más allá de la técnica. Esta es una de las condiciones básicas para reconquistar plenamente el respeto profesional que hoy a veces se nos niega o retacea. Debemos superar de una vez este déficit endógeno y lograr, a pesar de todos los obstáculos, el nivel superior y preferentemente universitario de la formación profesional. Todo el resto son calmantes, salidas de emergencia, escapatorias. Con muy pocas excepciones, todos somos en parte responsables con las escuelas de bibliotecología de cierto abandono de los fundamentos. No en vano, en una obra ejemplar sobre este tema, Jesse Shera aplicó crudamente a los estudiantes de bibliotecología esta cita de Milton: "Las ovejas hambrientas miran hacia arriba y no son alimentadas." Vigoricemos sin demora nuestra formación profesional, exijamos a pesar de todas las restricciones económicas, políticas o elementalmente humanas, mejores planes de estudios, contenidos vivos, metodologías eficaces, buenas bibliotecas especializadas en bibliotecología, menos trabas burocráticas, mayor margen para la investigación, inventiva, creatividad, actualización, normalización de planes y títulos, respeto y consideración de las autoridades de que dependen las escuelas. El año pasado, el ciclo básico común impuesto en la Universidad de Buenos Aires en reemplazo del cuestionado examen de ingreso, produjo la deserción de aproximadamente un 80% de los candidatos inscriptos o preinscriptos para la carrera de bibliotecología y documentación. No es rara esta exorbitante proporción de abandonos o desviaciones hacia otras disciplinas cuando no ha sido posible conseguir que se incluyese en ese curso introductorio ni una sola palabra sobre nuestra especialidad. ¿Cuántos pueden resistir un año de clases más o menos vagas e ideológicas cuando el interés y la vocación reclamaban el estímulo y la confirmación de un contacto inmediato con los estudios propiamente bibliotecarios? Factores exógenos vienen así a sumarse, como en ese caso, a los que derivan de nuestra propia responsabilidad. De cualquier modo, la formación bibliotecaria exige un cambio de actitud, desde los propios bibliotecarios y profesores de bibliote-

ecología, pasando por los alumnos, hasta los más altos niveles de decisión. Este problema, que algunos llamarían de formación de los recursos humanos dentro del área, representa una prioridad de primera magnitud, si se quiere tender hacia el establecimiento de un sistema nacional de información y superar paralelamente la crisis profesional que nos afecta.

7) Todo lo anterior nos conduce naturalmente al que tal vez debió ser el primer factor para comentar aquí, como causa desencadenante de nuestra conflictiva situación actual: me refiero al insuficiente desarrollo de una cabal conciencia bibliotecaria. Coinciden aquí lo endógeno y lo exógeno. La comprensión neta de la función social y el sentido decisivo de la biblioteca y por consiguiente de los bibliotecarios, comienza por fallar en muchos de nosotros y su ausencia o raquitismo se extiende por una serie de planos que resultan claves: los docentes, los universitarios, los escritores, los funcionarios, las autoridades del estado y lo que es más lamentable todavía, la población en general, como fruto o consecuencia de una educación incompleta, una cultura caótica, un verdadero desfase de valores sociales, una política cultural errónea y una presencia escasa y parcial de las bibliotecas como servicio público o social de primera importancia, sin el cual a esta altura no hay escuela, ni universidad, ni investigación, ni información, ni cultura, ni desarrollo del país, ni acceso abierto al conocimiento, ni democracia, ni política al servicio del pueblo. No hay exageración en esto. Se trata de poner de una buena vez las cosas en su sitio. Los primeros responsables somos nosotros, nuestra mentalidad, nuestra eficiencia, nuestra conducta, nuestra vocación de servicio. Debemos multiplicar la proyección, la difusión de la imagen moderna y activa de la biblioteca y también un perfil lúcido y vital del bibliotecario. Debemos tratar de comprender mejor, por ejemplo, las relaciones existentes entre información y poder, cultura y democracia, educación y política. Recuerdo cuando Rodolfo Mondolfo subrayaba que la universidad latinoamericana no debía caer en la política parti-

dista o ideológica, sino sostener sin renunciamentos un acendrado pluralismo y elaborar y llevar adelante una política puramente universitaria, lo cual es completamente distinto. Así tampoco la biblioteca debe convertirse en centro político, en comité disimulado, en canal de parcialidad ideológica, descubierta o encubierta. Pero entre sus grandes objetivos está tener y promover una política bibliotecaria digna de ese nombre. No en vano Chubarian y otros han situado la bibliotecología como una ciencia social, por la magnitud de los problemas sociales que abarca, teniendo como centro incuestionable la promoción de ese fenómeno o hecho fundamental y también derecho humano básico que es la lectura. Debemos tener y propiciar un proyecto permanente de sensibilización bibliotecaria en todos los planos y niveles que alcancemos, empezando siempre por nosotros mismos, ya que nunca terminaremos de ser buenos bibliotecarios. Nadie acaba nunca de ser lo que es, nada se completa nunca del todo. Sólo nos queda ir adquiriendo cada vez más algo similar a lo que Bertrand Russell definió como "un universo mental expansivo" o sea una disposición interior abierta, disponible, penetrante y al mismo tiempo firme y convencida de la misión que cumple y sirve.

8) Hay que perder, además, la vergüenza encubierta y la indecisión de ser bibliotecarios. Aquí ocurre algo parecido a lo que pasa con el poeta. En estos tiempos violentos es por lo menos inquietante responder que uno es poeta. También los bibliotecarios, entre tantas nominaciones, designaciones, ocupaciones, condecoraciones, títulos o cargos que relumbran, solemos bajar un poco la voz para decir que somos bibliotecarios. Creo que no hay nada valioso sin un soporte de legítima humildad. ¿Qué es la vida? ¿Qué es el hombre? ¿Qué somos todos en el infinito del espacio y el tiempo? ¿Quién puede envanecerse ante la muerte? ¿Quién puede ensoberbecerse porque se siente único detentador de la verdad? ¿Quién puede exaltar su pequeño saber ante la magnitud de lo que se sabe y lo que no se sabe? Pero la humildad no excluye una dosis de también legítimo orgullo. En un libro que acaba de publicar en Buenos Aires un editor amigo, sobre su propia vida vinculada con

el libro, inserta como ejemplar epígrafe unas líneas de Stanislas Fumet, un escritor francés de este siglo: "No me siento orgulloso de lo que soy, no estoy orgulloso de lo que hago: me siento orgulloso de lo que amo." También podemos decir esto los poetas y los bibliotecarios. Estimo que podemos decirlo especialmente. Pues ¿qué mejor que el amor a la palabra del hombre, para decir con ella la realidad y el misterio del hombre y gestar "imágenes capaces de negar nuestra nada" (Malraux)? ¿No es eso acaso el poeta? ¿Y qué mejor que el amor que está en la base de nuestra profesión de bibliotecarios, para servir y ayudar a todos los que acuden a "la larga memoria" que son las bibliotecas, según el sugestivo título de un reciente Correo de la UNESCO que les está dedicado? En ambos casos, lo imperfecto de lo que somos y lo que hacemos está sostenido por profundo amor. Es preciso afirmar con orgullo nuestra profesión, superar esta endógena ambigüedad que a veces padecemos, entender y hacer entender que nuestro trabajo es necesario y que no cabe la posibilidad de eliminarlo o substituirlo, tanto dentro del cuadro total de la comunicación social como en los planos específicos del estudio y la investigación, donde somos y seguiremos siendo parte concreta del equipo y uno de los eslabones más seguros de la creciente perspectiva interdisciplinaria del conocimiento.

9) Pero como sostén de lo recién afirmado, es preciso mejorar la cultura general de los bibliotecarios, que a menudo deja algo que desear. No caer en la ilusión de que el manejo de los libros por afuera, técnico, formal, de mera vecindad, es suficiente. La "ilusión cultural" y la confusión entre información y cultura, es un peligro que nos amenaza a todos y también uno de los grandes malentendidos de nuestra época. Es necesario entrar en los libros, leer, profundizar, ampliar nuestra escala mental, recordar permanentemente que la cultura y el conocimiento que declaramos servir no se obtienen por ósmosis ni por contacto, sino por tener los ojos abiertos hacia lo que los hombres piensan, escriben, crean. Max Scheller sostenía que la cultura es una categoría del ser, no del hacer o el poseer. Ser entonces más cultos es ser más bibliotecarios, mejores bibliotecarios. Nuestra relativa limitación cultural

sería otra de las causas endógenas más presionantes de la crisis profesional que percibimos. Seperar ese escollo, ese descuido, ese desgano, en nosotros mismos, en nuestra actividad, en nuestras escuelas especializadas, constituye un requisito de primer orden para poder ocupar el lugar que nos corresponde en el diálogo social.

10) La falta de una legislación y una política bibliotecarias, de lo cual ya se ha hablado en esta reunión, nos coloca ante una de las carencias exógenas más difíciles de la crisis profesional. Esto rige, con muy pocas excepciones, para el orden nacional, provincial y municipal. Es un signo del atraso del país, de sus contradicciones históricas, de su inestabilidad institucional, de la falta de visión de sus gobiernos. No parece posible que hayamos podido llegar a estos años finales del siglo XX, en medio de invocaciones a la modernización del país, sin leyes bibliotecarias de base y sin un estatuto profesional del bibliotecario. ¿De qué sirvió que nuestro primer gobierno patrio creara, en el primer año de su gestión, la Biblioteca Pública de Buenos Aires, bajo la inspiración tutelar de Mariano Moreno, demostrando así que aun las más graves circunstancias pueden ser superadas cuando están en juego los intereses mayores de la educación y la cultura de un pueblo? ¿De qué sirvió que San Martín y Belgrano se preocuparan personalmente, más allá del fragor de las batallas, por enriquecer o fundar bibliotecas, dentro y fuera del país? ¿De qué sirvió que Domingo Faustino Sarmiento, el hijo inmortal de la ciudad en donde estamos reunidos, nos diera una de las lecciones más altas al gestar casi complementariamente la ley 1.420, de educación común, y la ley 419, de bibliotecas populares? Y saltando a otro plano, ¿de qué han servido los intentos y proyectos reiterados de la Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina, a través de muchos años, para reclamar la sanción de aquellas imprescindibles estructuras legales? Ocu^{nuevo}re aquí como con el edificio de la Biblioteca Nacional: una especie de niebla o atmósfera kafkiana parece paralizar o trasponer a cámara lenta los movimientos, las voluntades y los presupuestos. André Maurois, en su inolvidable opúsculo sobre la

biblioteca pública y su misión, cita una frase pronunciada por un funcionario inglés al inaugurar una biblioteca: "Díme qué das a leer a tu pueblo y te diré quién eres." La traducción surge espontáneamente y hay que decirla con voz bien alta, para que tal vez la oigan los que deben oirla: "Díme qué bibliotecas das a tu pueblo y te diré quién eres!"

11) Las trabas de la burocracia estatal representa otro de los obstáculos exógenos que perjudican irritantemente a la profesión bibliotecaria. Cuando la administración se torna más importante que lo administrado, cuando los escalafones y las descripciones externas de cargos priman sobre la esencia de la función, cuando la letra y los papeles se imponen sobre el espíritu, cuando el rédito contante y sonante oscurece y desplaza el rédito invisible o no mensurable de la sociedad, cuando los celos y la envidia determinan en buena parte las relaciones laborales, es muy difícil que ocupen su lugar el bibliotecario, el profesor o el maestro. Si el país y la humanidad emergen de este período crucial y pasan a algo más humano y más digno, habrá que modificar muchas estructuras y objetivos, hasta lograr precisamente que las profesiones más humanas, entre las cuales está sin duda la nuestra, valgan más que la política pequeña, las recomendaciones, los privilegios subalternos y el ventajismo que todavía nos abruma.

12) Se nota hoy en el mundo, afuera y adentro de nuestro país, afuera y adentro de nuestro campo, una crisis que afecta por debajo, casi inconfesadamente, a nuestra profesión. Me refiero a la inquietante crisis del sentido de servicio y particularmente de la noción profunda de servicio social. Se confunde servicio, servilismo y humillación. Se cree que el hecho de servir a otros involucra necesariamente algo de sometimiento y hasta indignidad. No se entiende que no puede existir vida social y tampoco individual o personal, sin servicios recíprocos. El bibliotecario es el agente activo de un servicio social que acompaña al hombre a través de toda su vida. No es gratuita la afirmación de que la biblioteca es la única institución educativa sin término, cosa que también deberían escuchar nuestros gobernantes. Es esencial recupe-

rar íntegramente esta idea de servicio social para nuestra profesión, contra todas las desviaciones exógenas y endógenas. Cabe recordar aquí los comienzos de esa tarea fundamental de nuestras bibliotecas que es la referencia, la ayuda al lector, su asistencia y orientación. Cuando en la famosa conferencia de 1876, en los Estados Unidos, Green expuso su inédita experiencia, causó sensación por haberse atrevido a inmiscuirse en la vida del lector de su biblioteca, con el propósito de brindarle cooperación para su búsqueda, anticipando lo que mucho más tarde Downs caracterizaría como "ayudar al lector a que se ayude a sí mismo". Creo que los bibliotecarios argentinos deberíamos tratar de comprender a fondo un sabio aforismo de un gran escritor argentino, Antonio Porchia: "Si sostienes y no si te sostienes, puedes creer que te sostienes."

13) La escasez de investigación y teoría que exhibe la profesión en nuestro país, tan insistentemente señalada en múltiples oportunidades por la profesora Josefa Sabor, incluyendo también algún otro congreso de ABGRA, conspira para acentuar nuestra crisis. No podemos pretender que se nos respete y considere como profesionales autónomos si no cumplimos más/acabadamente con los requisitos intelectuales y aun epistemológicos o científicos que exige esa condición. Pocas semanas atrás, encontré una tarde en la Facultad a una joven bibliotecaria y profesora de la Carrera con un rostro extrañamente feliz. Al indagar amistosamente los motivos de esa expresión no demasiado usual, me dijo que había cambiado de trabajo y había entrado como bibliotecaria a un centro de investigaciones multidisciplinario, donde también podía investigar en el campo bibliotecológico, además de colaborar activamente en la parte correspondiente de todos los demás trabajos. Su pase, desde la rutina de un organismo bibliotecario anquilosado dentro de una estructura comercial no bibliotecaria, a otro organismo que tenía como centro la investigación y el estudio, había transformado en poco tiempo su vida y lo que es aquí particularmente significativo, la consideración profesional que se le dispensaba. Es cierto que la

que la investigación en general flaquea en el país y quizá no es alentada debidamente en todos los lugares idóneos para ello. Pero también es cierto que esos factores exógenos se complotan con la endógena resistencia de los bibliotecarios a investigar y exceder el calloso refugio de sus actividades habituales. Es hora de entender que sólo la ruptura de nuestros estereotipos mentales y operativos, puede aspirar a un adecuado reconocimiento profesional, que ahora resulta insatisfactorio en muchas partes.

14) La falta de iniciación bibliotecaria elemental en escuelas y universidades, la carencia de preparación básica de los alumnos primarios, secundarios y terciarios para el uso efectivo de las bibliotecas y la comprensión cabal de su papel, así como de la figura del bibliotecario, marcan otro punto negro en nuestro panorama. He perdido la memoria de los proyectos, propuestas, iniciativas, expedientes y hasta trabajos e investigaciones publicadas, para promover la realización de cursos y cursillos, dentro o fuera de los planes de estudios, que facilitarían seguramente el aprendizaje y el trabajo posterior de los alumnos de cualquier disciplina. Han resultado en vano todos los esfuerzos efectuados por diversos bibliotecarios y sobre todo profesores de bibliotecología. Junto al desinterés y el descuido de quienes han tenido poder de decisión, sin ignorar las superables dificultades que la aplicación de esta idea involucra, aparece siempre una resistencia sorda y muy extendida, que alguna vez he atribuido también a un temor de muchos docentes y funcionarios de la educación: que los alumnos puedan llegar a estar más capacitados que ellos para manejar los instrumentos y los canales del conocimiento. Atribuyo pues esta dramática falla a razones exógenas y fundamentalmente a la incomprensión y la falta de generosidad educativas. No entender la trascendencia de algo puede ser producto de la ignorancia, la vanidad o la confusión, fragilidades desgraciadamente muy humanas, como se dice. Pero olvidar que la finalidad esencial de la educación es la autoeducación o sea que el maestro debe llegar a eliminarse o autoeliminar-se progresivamente,

porque ha brindado todo lo que podía dar y ya no resulta necesario, pues los alumnos, gracias a él, pueden continuar por su cuenta, olvidar la básica vocación de suicida ideal del maestro (parecida por otra parte a la del bibliotecario), no tiene excusas posibles, ni muy humanas ni menos humanas.

15) La insuficiente retribución económica del bibliotecario, salvo contadas excepciones, contribuye a intensificar la crisis profesional. No puede haber digno ejercicio de ninguna profesión ni afirmación del "status" que le es debido, sin remuneraciones justas. No sería ocioso reiterar a esta altura uno de los principios de oro del planeamiento cultural, educativo y bibliotecario: el costo de los servicios no es aquí un gasto de consumo sino una inversión de capital, cuyos réditos y beneficios se registran bajo la forma del mejoramiento de la cultura, la educación y la capacidad de la población. Evidentemente no comprender este punto y el problema de las bajas remuneraciones a bibliotecarios y docentes están íntimamente ligados y en lo fundamental no dependen de nosotros, no son una causa endógena, salvo quizá en cuanto podamos hacer como tarea de persuasión, ilustración o reclamo, para que se comprendan mejor nuestras razones.

16) Y he dejado como último rubro de esta enumeración, que no pretende ser exhaustiva, no sé si el factor más grave, pero sí el más circunstancial, coyuntural o "puntualmente" presionante, es decir el motivo que probablemente más interfiere y desazona en el momento que transita hoy nuestra profesión: me refiero a la ingerencia de los intereses políticos partidistas. O de ciertos ambiguos personajes que disfrazan sus pretensiones y ambiciones individuales con la invocación de tipo ideológico o con el planteo de reivindicaciones justicieras o revanchistas por pasados agravios. Se apela entonces sin mayor recato a la causa de la democracia, la libertad, los principios nacionales, los intereses populares o cualquier frase hecha de ese tipo. Y con ese pretendido escudo se avasalla con frecuencia a profesionales e instituciones, se desmantelan meritorios organismos o sistemas, se vuelve a caer en el fatídico mal argentino de negar lo hecho, se utilizan pro-

cedimientos y metodologías de neto corte totalitario, opuestos precisamente a todo aquello que se manifiesta defender. En el fondo, es otra fase de la constante y lastimosa propensión humana a aprovechar los momentos conflictivos, usufructuar lo más posible el desconcierto ajeno, no respetar a los que después pretendemos que nos respeten, dominar y aplastar para medrar y lucrar. Son antiguas lacras y viejos artificios, pero duele especialmente que se los use en nombre de la democracia y de la esperanza que ella supone. No es lícito, por lo tanto, callar esta situación, de filiación exógena, pero también con algunas lamentables filtraciones endógenas, por la persecución en algunos casos de las tradicionales ventajas de orden personal y además por la falta de una política bibliotecaria con objetivos claros, de acuerdo con lo que ya hemos mencionado en su momento. Quiero enumerar ahora algunas facetas de este factor político singularmente negativo para nuestra profesión, sobre la base de experiencias recientes, aunque sin olvidar, por supuesto, los diversos desastres ocurridos en épocas anteriores. Creo que hacerlo así constituye un aporte abierto para que muchas fallas puedan ser corregidas, si existe buena fe en quienes podrían hacerlo. Además, puntualizar algunos aspectos negativos actuales nos ayudará a comprender qué nos pasa, primera condición, como diría Ortega, para superar aquello que nos pasa. Voy a repetir textualmente la cita de Ortega, porque creo que se adecua perfectamente a nuestra situación: "No sabemos qué nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa: no saber lo que nos pasa." Fijemos entonces por un instante nuestra atención en algunas cosas que no nos conforman: a) El desplazamiento reiterado del bibliotecario profesional o su postergación para ocupar la dirección de algunas bibliotecas y la conducción de organismo responsables de redes o sistemas de bibliotecas, ubicando en su lugar profesionales de otras áreas, escritores o personas sin profesión muy definida, por motivos políticos, ideológicos, partidistas, amiguistas o de simple lucro, prestigio o poder. Es como si se excluyese a la profesión médica de la conducción de los

hospitales o sistemas de salud, a los abogados de la administración de justicia o a los pilotos del manejo de los aviones. b) Se ha fomentado, en diversas instancias, el descrédito o desmerecimiento de la condición profesional del bibliotecario, hasta con algún escrito periodístico sospechosamente paralelo a los desplazamientos mencionados. Esa proclividad a rebajar el valor del bibliotecario profesional, ha llegado, en varios casos, a manifestarse en declaraciones de ciertos funcionarios. Por otro lado, salta a la vista que las bibliotecas normalmente dirigidas por bibliotecarios no suelen ser buenos canales para la propaganda partidista. No resulta inadecuado recordar aquí unas palabras de Foskett, basadas en las conclusiones del famoso Informe Weinberg: "el trabajo vinculado con la información es tan respetablemente una rama profesional como el trabajo de laboratorio." c) La falta de consideración y respeto por muchas cosas hechas en el país anteriormente, a pesar de todas las contrariedades, ha vuelto a deshacer o cambiar, innecesariamente en muchos casos, estructuras o servicios de eficacia probada y que habían costado serios esfuerzos de trabajo y financiamiento. Mientras no aprendamos la mínima actitud de respetar y respetarnos, por encima de las diferencias de opinión y dentro de un pluralismo realmente vigente, ni la profesión bibliotecaria ni tampoco el país podrán salir adelante. d) Todo esto ha provocado en muchos bibliotecarios una sensación de frustración, depresión o fracaso, que los ha llevado a sentirse poco menos que "sospechosos", aunque nadie sepa de qué, y algo más que "inseguros", pero sabiendo todos por qué. e) Nuevamente parece repetirse, salvo excepciones, la figura tan conocida: las bibliotecas no están entre las prioridades de la política cultural y educativa, lo cual se agrava con las crónicas y consabidas restricciones económicas, la desactualización progresiva de sus fondos y la inadecuada retribución de los bibliotecarios. f) No hace mucho me contaron una pintoresca anécdota, digna de alguna obra de Payró, ocurrida varias décadas atrás, en las proximidades de Buenos Aires, y recogida por un ensayista argentino que se ocupaba de esos temas.

Un conocido dirigente político de la época tuvo la insólita y casi increíble idea de organizar una pequeña biblioteca en el comité de su sección. El día del acto inaugural asistió uno de los más importantes líderes nacionales de su partido, quien concluyó su consuetudinaria alocución con estas memorables palabras: "Lo que se necesita es menos libros y más fervor partidario." Este síndrome de patología social ha tenido por desgracia varios casos afines en distintas corrientes ideológicas de la historia argentina. Creo firmemente que mientras no dejemos atrás en forma definitiva esta concepción de las cosas, no encontraremos la salida.

Estimo oportuno intentar aquí una breve y sintética recapitulación antes de asentar algunas conclusiones de este trabajo.

Luego de circunscribir y precisar nuestro tema, El bibliotecario hoy y aquí y la crisis profesional, mediante el análisis de sus términos básicos (bibliotecario, profesión, crisis) y valiéndome de algunas preguntas fundamentales, esboqué la hipótesis de que existe hoy un deterioro crítico de la situación profesional del bibliotecario en la Argentina. Para probar o corroborar esa afirmación he recurrido a la enunciación y el rápido comentario de dieciséis factores, especialmente importantes según mi criterio, que contribuyen a concretar este momento difícil de la profesión en nuestro país, clasificando las causas en endógenas y exógenas, según procedan más bien del propio ámbito bibliotecario o de circunstancias y situaciones ajenas a nuestro sector. Quiero recordar concisamente esos dieciséis factores:

- 1) Desmesura de la función informativa de las bibliotecas, en desmedro de las otras funciones que son irrenunciables.
- 2) La compleja e infundada competencia de la documentación.
- 3) El impacto no suficientemente asimilado de los medios de comunicación masiva.
- 4) El "Shock" de la informática.
- 5) La problematización del futuro del libro y de las bibliotecas.

- 6) Las imperfecciones y carencias de la formación actual de bibliotecarios.
- 7) El insuficiente desarrollo de una auténtica conciencia bibliotecaria, dentro y fuera de la profesión.
- 8) La indecisión profesional del bibliotecario.
- 9) Las fallas culturales del bibliotecario.
- 10) La falta de una legislación y una política bibliotecarias, incluyendo el estatuto profesional todavía pendiente.
- 11) Las trabas de la burocracia estatal.
- 12) La crisis generalizada del sentido de servicio y especialmente de servicio social.
- 13) La escasez de investigación y teoría.
- 14) La ausencia de una preparación bibliotecaria general y elemental en escuelas y universidades.
- 15) La insuficiencia de las remuneraciones.
- 16) Los intereses políticos partidistas.

No descarto, por supuesto, la existencia de otros factores. Se trata de un cuadro abierto, perfeccionable y seguramente discutible. Detesto los dogmas, la política y los totalitarismos de cualquier signo. He pretendido tan sólo exponerles algo análogo a un provisorio cuadro de situación, sobre la base de una serie de ideas y observaciones que puedan servir para la reflexión, tanto de nosotros como de quienes importa que se interesen en estos problemas, porque estos problemas están ligados no sólo a nuestra condición profesional sino también a necesidades básicas del desarrollo de nuestro país. Pienso que podemos ahora encarar nuestra última pregunta y arriesgar algunas consideraciones finales.

¿Qué podemos hacer los bibliotecarios argentinos ante esta crisis profesional?

Creo haber insinuado ya un conjunto de conductas y posibilidades de acción, al ir tratando factor por factor. Cabe agregar, sin embargo,

algunas ideas como cierre.

Es ya una convicción de la mayor parte del pensamiento contemporáneo que marchamos aceleradamente hacia lo que Naisbitt llama una sociedad de la información. Irán quedando atrás, sucesiva e inevitablemente, según los grados de avance o desarrollo de los distintos países, los conocidos modelos que denominamos "sociedad industrial" y "sociedad industrial avanzada o post-industrial". La información será el elemento clave de la sociedad del futuro. Ya se está en eso en los países que van tecnológicamente a la vanguardia. Pero hay algo más, como surge de múltiples análisis, entre ellos el de Feigenbaum o el de Moto-Oka y Kitsuregawa, sobre la quinta generación de computadoras: ya no se trata simplemente del procesamiento y la utilización de la información, sino del procesamiento y la utilización del saber. Pues bien, aquí arribamos a lo nuestro: el saber, mucho más que la información y el dato, reclama al hombre que piensa, distingue, evalúa, elige, conoce, crea. No basta con las computadoras, aunque nos ayuden, aunque se hable metafóricamente de "inteligencia artificial", aunque realicen algunas cosas más o menos sorprendentes, a velocidades casi increíbles. El verdadero saber exige vivir, pensar a fondo y misteriosamente amar y morir. El saber no puede prescindir de los libros y las bibliotecas, aunque éstas sufran, como todas las cosas, cambios, transformaciones, modernizaciones. Y nuestra profesión seguirá estando allí, quizá más que nunca, en una sociedad de la información concebida de esa manera o sea en una sociedad del saber.

Antes que nada, entonces, es preciso reasumir nuestra fe en lo que hacemos, en nuestra profesión. Justamente esta palabra, "profesión", viene de "profesar", "hacer votos", "consagrarse a algo". No lo dije así antes adrede, para subrayarlo ahora. La primera condición para salir de esta crisis es que "profesemos" de nuevo como bibliotecarios, que renovemos nuestros votos, que volvamos a consagrarnos con fe a la misión que hemos escogido. Y en este punto se unen todos los hilos de la trama de este trabajo. No hay acaso grabada, sobre la puerta de

una biblioteca de Buenos Aires, aquella frase de Victor Hugo, el poeta francés: "la biblioteca es un acto de fe"? Es necesario volver a los fundamentos, reencontrarnos con nuestra misión, asumir en plenitud nuestra conciencia bibliotecaria y difundir casi apostólicamente o contagiar casi como en una epidemia el mensaje esencial de las bibliotecas, ese mensaje que viene del fondo más noble de las edades, hecho de conocimiento, paz, tolerancia, libertad, solidaridad, respeto a la vida y a las creencias e ideas diferentes, comprensión, creación, pasión profunda. Sí: es necesario actuar sobre los demás, altos o bajos, pobres o ricos, gobernantes o gobernados, maestros o discípulos, expertos en algo o no expertos en nada, por contagio, por servicio, por inteligencia, por presencia inconfundible.

Tenemos que abandonar nuestra comodidad, corregir nuestros desequilibrios, superar los celos o resquemores retrógados y afirmarnos ante otras profesiones, perder el temor a las máquinas y los artefactos ^{con} deslumbrantes, rechazar los falsos apocalipsis de bolsilo/que nos amenazan, aplacar nuestras indecisiones y ambigüedades, fortalecer sin temblequeos nuestra cultura, golpear en todas las puertas que haya que golpear, destrabar como un lubricante antióxido las cerraduras herrumbreadas, rescatar en nosotros y en los otros la dignidad de servir, unirnos y exigir de quienes dicen representarnos las leyes y los derechos que nos corresponden, resistir el embate de los intereses subalternos y los desbordes partidistas, perder de una vez el miedo al poder, porque el poder también pasa y las bibliotecas y el espíritu no pasan, por lo menos mientras no pase el mundo.

Una de las principales revistas europeas, "L'Express", anunciaba hace pocas semanas en su primera página la impresionante ampliación de su estructura informativa. El grupo que edita la revista abarcará también en adelante un canal televisivo y otros servicios afines, convirtiéndose así en la más importante empresa de su género en Francia. Y agregaba, casi como una explicación, que el tema, el asunto prioritario de este fin de siglo es y será la comunicación. Pues bien, yo creo que la comunicación es también nuestro asunto y que marchamos en el sentido de la

historia, que es lo que muchos no comprenden. Sí, los bibliotecarios marchamos en el sentido de la historia verdadera, la única que importa, ésa que pone el acento en "la comunicación". Y la comunicación es también nuestro asunto, no lo dudemos, en otro plano que las revistas, la radio o la televisión, en otra dimensión, en otra forma de acercamiento al hombre, en otra relación irreemplazable, que enlaza la mente y el sentimiento, a través de la lectura accesible para todos, con esa "larga memoria" de la humanidad que está en las bibliotecas. Y eso está por encima de las crisis, profesionales o de cualquier índole, por severas que sean. Hay que poner las cosas en su verdadera escala, tanto en el tiempo como en el espacio, tanto en la historia como en el mundo o el universo que misteriosamente habitamos. Hay que poner las cosas en su verdadera escala. No hay otro realismo que ése, por encima de las apariencias. Así pudo escribir nuestro Antonio Porchia: "Las dificultades también pasan, como todo pasa, sin dificultad."

No hay, por cierto, salidas fáciles ni estrategias convencionales para superar nuestra crisis profesional. Pero tenemos en nuestras manos la costosa pero intransferible solución: ser de veras lo que somos, ser de veras bibliotecarios. Encarnar con una nueva decisión esta profesión con destino propio, insubstituible y necesaria como pocas. No podrán reemplazar al libro. No podrán substituir a las bibliotecas. No podrán suplantarnos, aunque echen o desplacen o rebajen provisoriamente, sólo provisoriamente, a algunos. Nos parecemos a la libertad: siempre vuelve, aunque algunos caigan.

Superemos entonces lo que alguien ha llamado nuestro "complejo ancilar" (o de sentirnos secundarios, disminuídos, sometidos, subordinados, suplementarios) y asumamos nuestro auténtico rol profesional, sabiendo que aportamos algo valioso ^{para} que el país y el mundo no se desbarrañen, no se precipiten al abismo. Esta es nuestra forma efectiva de combatir las fuerzas estériles o malignas: la violencia, la barbarie, la injusticia, la ignorancia, el fanatismo, los eclipses de la libertad. Esta es nuestra única forma de ir más allá de la crisis que nos acosa.

Quiero terminar con las palabras visionarias y llenas de coraje de un ilustre bibliotecario de nuestro tiempo, Shores, cuando dice: "Es fundadamente posible que la fuerza quieta de las bibliotecas pueda tener éxito allí donde los gobiernos han fracasado."

ALGUNOS TEXTOS MENCIONADOS

- BELL, D. Gutenberg y la computadora; el futuro del libro. En: Vuelta, México, a. X, febr. 1986, p. 21-26.
- BERAZATEGUI, G. M. y LANZILLOTTA, M. N. La enseñanza de la bibliotecología en el ciclo medio. Formulación de un programa. Buenos Aires, Centro de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1971.
- BRADBURY, R. Fahrenheit 451. Buenos Aires, Minotauro, 1958.
- CIRIGLIANO, G. F. y otros. La conducta informativa en universitarios argentinos. Buenos Aires, Centro de Investigaciones Bibliotecológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1971.
- COSSLETTE, A. Humanisme et bibliothèques: essai sur la philosophie de la bibliothéconomie. Montreal, ASTED, 1976 (Documentation en diagonale, 4).
- CHUBARIAN, O. S. La biblioteconomía en el sistema de las ciencias. En: Boletín de la ANABA, a. XXI, n. 2, abril-jun. 1971, p. 3-16.
- DOWNS, R. B. The spirit of reference service. En: Illinois University Library School, The library as a community information center, Champaign, Ill., 1959, p. 1-11.
- ESCARPIT, R. La revolución del libro. Madrid, Alianza-Unesco, 1968 (El libro de bolsillo, 148).
- L'EXPRESS, Paris, n. 1831, 15 Août 1986.
- FEIGENBAUM, E. A. y MCCORDUCK, P. La quinta generación. Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1985.
- FERNANDEZ, S. M., SABOR, J. y JUARROZ, R. Metodología del trabajo universitario. Programa tipo y consideraciones generales. Buenos Aires, Subsecretaría de Asuntos Universitarios del Ministerio de Cultura y Educación, 1977.
- FERNANDEZ, S. M. Misión del bibliotecario: su proyección en la comunidad. Buenos Aires, Asociación de Bibliotecarios Graduados de la República Argentina, 1980.
- FOSKETT, D. J. Comparative librarianship. En: Progress in library science, 1965. Edited by R. L. Collison. London, Butterworths, 1965, p. 125-146.

GERGELY, S. Microelectrónica; las computadoras y las nuevas tecnologías. Barcelona, Salvat, 1985.

JASPERS, K. La filosofía desde el punto de vista de la existencia. México, Fondo de Cultura Económica, 1953 (Breviarios, 77).

JUARROZ, R. Con toda la información, más allá de la información. En: Sabor, J., Manual de fuentes de información, 3. ed. corr. y aum., Buenos Aires, Marymar, 1978. Prefacio.

JUARROZ, R. Guatemala: plan para el desarrollo de las bibliotecas públicas y escolares. Tucumán, Universidad Nacional, 1969.

LA LARGA MEMORIA. Bibliotecas y archivos. El Correo, Unesco, Paris, a. XXXVIII, febr. 1985.

LOHLE, C. Presencias y experiencias. Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1986.

MAUROIS, A. La biblioteca pública y su misión. Paris, Unesco, 1963.

MCLUHAN, M. La galaxia Gutenberg; génesis del "homo typographicus". Madrid, Aguilar, 1969.

MONDOLFO, R. Universidad: pasado y presente. Buenos Aires, Eudeba, 1966 (Cuadernos, 154).

MOTO-OKA, T. y KITSUREGAWA, M. El ordenador de quinta generación. Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1986.

NAISBITT, J. Megatendencias; diez nuevas direcciones del cambio. Buenos Aires, Fundación Cerien, 1984.

LAS NUEVAS PROFESIONES. Barcelona, Salvat, 1973 (Biblioteca Salvat de grandes temas, 56).

ORTEGA Y GASSET, J. El libro de las misiones. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1940 (Austral, 101).

PENNA, C. V. Planeamiento de servicios bibliotecarios y de documentación. 2. ed. Madrid, OEI-Unesco, 1970.

PLATON. Diálogos. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1938 (Austral, 44).

PLATON. La república. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1940 (Austral, 220).

PORCHIA, A. Voces. Buenos Aires, Hachette, 1974.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Diccionario de la lengua española. 20. ed.
Madrid, Espasa Calpe, 1984. 2 v.

RUSSELL, B. El universo mental expansivo. En: Varios, Aventuras de la
mente, Buenos Aires, Peuser, 1964.

SABOR, J. E. La investigación en bibliotecología. XXI Reunión Nacional
de Bibliotecarios. Buenos Aires, ABGRA, 1985.

SHERA, J. H. The foundations of education for librarianship. New York
Becker and Hayes, 1972.

SHORES, L. Why comparative librarianship? En: Wilson Library Bulletin,
v. 41, n. 2, oct. 1966, p. 200-206.

TOFFLER, A. El "shock" del futuro. Barcelona, Plaza y Janés, 1973.